



“Las crónicas que se analizan en este libro tienen un sobresaliente valor histórico, desde las crónicas alfonsinas y las de los Reyes Católicos, pasando por las dedicadas a los reinados de Carlos V, Felipe II, o las del Nuevo Mundo”

LOS CRONISTAS Y LA CORONA

RICHARD L. KAGAN

MARCIAL PONS Y CENTRO DE ESTUDIOS EUROPA HISPÁNICA.

MADRID (2010).

491 PÁGS. 28 EUROS.

LIBROS DEL MES / ENSAYO

LOS NARRADORES DEL PODER

Analiza el historiador inglés Richard L. Kagan las crónicas escritas por los historiadores oficiales desde la Edad Media hasta mediados del siglo XVII. Ni los monarcas ni los cronistas dudan en poner la historia a su servicio.

Richard L. Kagan, discípulo de sir John H. Elliott, especialista en la Historia Moderna de España, aborda en este libro un tema apasionante que, además, sirve para reflexionar sobre el papel de la Historia y los historiadores, sean estos oficiales o no. El libro estudia las personalidades y las obras de los cronistas nombrados por los reyes en España desde la Edad Media hasta el siglo XVII, cuando se crea la Academia de la Historia y se distribuyen de otra manera los cometidos historiográficos. Durante esos años, en España y en el resto de países europeos, los cronistas sirvieron a los Reyes, que utilizaron las crónicas para fines personales. Como escribe Kagan, “la historia puede servir como instrumento de política imperial con el fin de documentar conquistas, legitimar políticas expansionistas, justificar títulos imperiales”. Los monarcas no tuvieron ningún reparo en poner la historia a su servicio. Y si para ello hacía falta cambiar, adulterar, manipular, distorsionar los hechos históricos... pues se hacía. Lo importante era el resultado y su finalidad: ensalzar la monarquía y la política de determinado monarca

o político. Escribe Kagan: “los conceptos de verdad tanto como de verosimilitud empleados por los historiadores oficiales dependían a priori de su lealtad personal al gobernante para quien trabajaban”. Las crónicas no buscaban la verdad, sino celebrar las victorias de los monarcas, aumentar su reputación, defender sus intereses y asuntos, en definitiva ofrecer una particular e interesada lectura del pasado con el fin de conformar la opinión pública según los criterios del poder establecido.

Estas crónicas y sus cronistas ponen en el disparadero la misión de la historia, que no parece otra que, en este caso, consagrar la mentira. Insisto, y lo hace también Kagan en su libro, que no es una cuestión propia de la monarquía española o europea de aquellos años. La tentación sigue estando ahí, y en cualquier momento histórico el poder planea las cosas para construir una historia más o menos oficial, aceptada por todos y en la que se defiende sistemáticamente el poder. Salvando las distancias, lo vemos con los medios de comunicación: el que manda y paga, cuenta las cosas como le interesan.

A pesar de esta finalidad propagandística, que no se oculta, Kagan demuestra en este libro el importante papel histórico de estos textos, a menudo despreciados como material historiográfico. No significa esto que el autor admita como verosímil todo lo que cuenta, pero el interés propagandístico no invalida todas las aportaciones de estas crónicas, más si tenemos en cuenta que los reyes no se las encargan a cualquiera, sino que solían ser destacados intelectuales que sabían lo que estaban haciendo. Para Kagan, y así concluye este libro, “la historia oficial, incluso cuando resulta pesada hasta lo insoportable, es demasiado importante como para repudiarla de antemano tachándola de pura propaganda, cuando no de contener un montón de mentiras. Son numerosos sus defectos, y sus practicantes no son siempre los mejores historiadores, pero sirve a muchos propósitos y ello explica por qué la historia oficial sigue viva y goza de buena salud”.

Por eso, las crónicas que se analizan en este libro tienen un sobresaliente valor histórico, desde las crónicas alfonsinas y las de los Reyes Católicos, pasando por

las dedicadas a los reinados de Carlos V, Felipe II, Felipe III, Felipe IV y las crónicas referidas a la conquista del Nuevo Mundo, a las que el autor dedica una atención más especial.

Dice Kagan que podemos comparar a los cronistas con los actuales jefes de prensa de los políticos o con los portavoces de los Gobiernos de turno. Todos intentan arrimar el escua a su sardina, modificar la historia, hacer una lectura egoísta de lo que está pasando, buscando un rédito personal. No parece que sea ésta la mejor manera de confiar en la verdad de la historia pero, como también escribe Kagan, la ansiada objetividad no resulta fácil de hallar al margen de la historia oficial, pues “resulta difícil encontrar historiadores que escriban una historia libre de influencias ideológicas o pretensiones polémicas”. Este es el gran reto del historiador: buscar la verdad en medio de fuentes poco fiables. Pero por todas estas cuestiones, Kagan considera que las crónicas tienen un entrañable interés y que hay que contar con ellas para escribir la verdad de la historia.

ADOLFO TORRECILLA